

ULTREYA

—¡Buen camino! ¡Buen camino! —dicen los que me cruzo en el sendero.

—¡Buen camino! —contesto yo.

Aunque naciste hace más de mil años, rodeado de enigmas y alumbrado por la luz de una estrella a los pies del monte Libradón, te hiciste grande y serpenteaste entre valles y montañas a lo largo de los siglos. Adornado por artistas y versado por poetas, a tu paso surgieron ciudades, palacios y hospitales.

Más nada de esto te explica.

Te miro y me invitas a perderme en ti, pequeño sendero que sube y baja, se estrecha, se ensancha, se agranda, se cuela entre casuchas.

—¡Buen camino! —dice el prado, las zarzas, el castaño de indias, la higuera, las hortensias.

—¡Buen camino! —repiten los pájaros rasgando con sus trinos el cristal helado de la mañana.

Me paro, escéptica, y miro la tierra y el cielo; huelo el aire que me rodea y lo encuentro igual al de otros muchos lugares.

—¿Qué buscas? —pregunta el maizal.

—El Camino —le contesto.

—El Camino no se busca. Él te encontrará —susurran los brazos sedosos de la niebla.

—¡Él te encontrará! ¡Él te encontrará! —repite el agua saltando entre las piedras del río.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? —digo, pero a mi alrededor sólo hay silencio

En el cielo se apaga Sirio, la estrella más brillante de la bóveda celeste y la oscuridad da paso a la luz del amanecer. Aurora, en su bello carro adornado con flores, ha pasado ya y el sol comienza su travesía de este a oeste.

Mis pasos se acoplan a los de otros caminantes, mientras mis ojos van reconociendo el contorno de las cosas. Manzanas, peras y moras se me ofrecen generosas. En el aire, olor a menta, a laurel, a eucalipto; en la piel, el escozor de las ortigas.

Sigo la flecha amarilla, cualquier encrucijada me haría perder tu rastro.

Con cada curva me atrapas en tu enigma, me envuelves con tu magia, te enredas en mi pelo, transfundes tu savia a mis venas. Te encarnas en el sol que se filtra entre los árboles, en el rumor de los regatos que me acompañan, en la caricia del viento en la cara, en los ejes de la carreta, en un saludo, un olor.

Las piernas no me pesan, los pies no obedecen a mi razón. Corren, se detienen, se alzan, se ponen de puntillas, ejecutan órdenes que no proceden de mi cabeza. Esta dice: *para, estoy cansada, no me fuerces*. Pero los pies siguen, obstinados, uno delante del otro, sólo te obedecen a ti, Camino, que entre la bruma susurras: *sigue*.

Lo dices reflejado en la paciencia infinita de los ojos de las vacas, en el musgo, en los helechos. Lo dicen los muertos de los pequeños cementerios que te jalonan, lo dicen las corredoiras, lo dicen los cruceiros.

Y sigo, a pesar del cansancio, de las ampollas, del dolor de las rodillas, a pesar de la sed y del calor, a pesar de la lluvia.

Sigo y encuentro a las tres Marías, que caminan a mi lado y hasta ahora no he visto. Se hacen reales los que como yo, buscan: la asturiana, la pareja que camina sola, el chico con el perro, la familia al completo, los que van en bicicleta, los caballistas, los jóvenes que no notan el peso de

las mochilas, los extranjeros, las hospitaleras (gruñonas, cotillas, solidarias), el falso peregrino, el peregrino auténtico, el sacristán de Boente.

Grabo en mi mente nombres que suenan a muñeira y a saudade: Fuciños, San Martiño, Peroxa, Leboreiro, Barbadelo, Pedrouzo. Retengo en mis oídos el rumor de los ríos por los que paso: Iso, Pambre, Furelos, Catasol, Orosa.

Añora mi paladar el pulpo de Melide, la empanada de Arzúa, las uvas que un paisano me ofrece cerca de Lavacolla, el capón, los fideos con almejas, las filloas.

Se agrandan mis pupilas por lo que me sorprende a cada paso: el hórreo impertérrito, la laguna con reflejos de luna, la casa cubierta de hiedra, la mujer sentada al frente. En mi corazón anida el recuerdo de los que caminan a mi lado, el sufrimiento de muchos, el deseo de charlar de otros, el silencio.

Crepúsculo avanza sigiloso hacia el oeste y tiñe de rosa el horizonte mientras la tierra va perdiendo sus colores. El cielo se enciende poco a poco, contrasta la negrura del suelo con la luminosidad del firmamento.

Ante mí, la vía láctea, una modesta espiral con densos brazos sembrados de estrellas, nebulosas y manchas de polvo. Decenas de millones de astros cuyas imágenes parecen fundirse a lo largo de una estrecha franja de cielo: Centauro, Draco, Orión, La Osa Mayor, Cefeo, Casiopéa, Cisne, La Estrella Polar. El Camino.

—¡Buen camino! —dicen todas y cada una de las estrellas.

—¡Buen camino! —le grito a la noche. Mi voz se agranda y el eco me la devuelve rebotando por el camino, camino hecho de piedra y aire.

—¿Has encontrado el secreto? —me pregunta Rigel, la estrella blanca y azulada que, desde la costelación de Orión, resplandece como miles de soles.

—Sí —le contesto entre la vigilia y el sueño.

Rigel espera una respuesta, pero ya Morfeo me ha tomado entre sus brazos. Hombres y mujeres de todos los tiempos y desde todos los puntos del camino contestan por mí. Sus voces retumban en la oscuridad y se confunden entre sí, se pierden, se buscan, se encuentran, se deslizan en el sueño, repitiendo machaconamente: *andar, andar, andar...*

R. NOVELLA